



## ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO I.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 33.	En Cádiz, un mes, adelantado . . . . .	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7	ptas.
	Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, S.	En Cádiz, seis meses, 13 id., un año, id. . . . .	25 »
		En Cuba y Puerto Rico, semestre, en oro . . . . .	20 »
		Extranjero y repúblicas americanas, id. . . . .	30 »

30 de Diciembre 1877.

NÚM. 24.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

### SUMARIO.

GRABADOS: D. Javier Galvete de Molina.—La embajada marroquí subiendo la escalera del Palacio Real, acompañada del Introdutor.—La embajada marroquí en Palacio. TEXTO: ANDALUCES ILUSTRES: D. Javier Galvete, † en Madrid el 27 de Octubre de 1877, por J. M.—Las bodas reales, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Navegación, por &c. &c.—A una flor, por JOSEFA SEVILLANO DE TORAL.—† por JUAN TOMÁS SALVANI.—Amor y celos, por LUIS DE MOYA.—Ante un cadalso, por CASTO VILAR Y GARCIA.—Más allá, por AMÉRICO HUGO.—Rima, por JOSÉ M. MILEGO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.—Las lecciones de Guerrero, por G. SERRANO MAGDALENA.—Explicación de los grabados.—NOVELA: La flor del cementerio, conclusion, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Soluciones al problema de Ajedrez y al Geroglífico.

ocurrió al diputado que le protegía decir algunas palabras en defensa de los fueros del parlamento. Aquellas palabras produjeron una tempestad de indignación ministerial, y la venganza fué inmediata. Dos únicos parientes de aquel diputado que tenían destinos fueron declarados cesantes, de ellos felizmente uno era Galvete. Decimos felizmente, porque tanafía injusticia le impresionó de tal modo, que desde entonces hizo propósito de no ocupar nunca destino de ningún gobierno, sino dedicarse por completo al estudio que tan alto ha colocado su nombre. En efecto, aunque posteriormente ganó por oposición una plaza en el Cuerpo de Estadística, hizo renuncia de ella apenas recibió la credencial.

Su primer trabajo, «Compendio razonado de Historia universal», se publicó en *Los Sucesos* y obtuvo tan buena acogida de personas competentes, que le sirvió de estímulo para continuar esa no interrumpida serie de escritos que dieron constante ocupación a su pluma.

Suponen los pesimistas que sólo á fuerza de años puede formarse un escritor, pero aún dándole razón no piensan los que eso sostiene el número de años que significan el estudio continuo á todas las horas, sin desaprovechar un minuto, el cotidiano sacrificio de necesarias distracciones, la incansable actividad de un espíritu, una vida entera gastada única y exclusivamente en estudiar, meditar y escribir.

En 1870 pasó Galvete á Francia, donde examinó con particular esmero los sistemas de educación adoptados por aquel Gobierno. Cuanto se ha escrito últimamente sobre esta materia en dicha nación y principalmente en Alemania, fué objeto de su estudio y sobre este tema escribió varios artículos que llamaron justamente la atención, y por ello el Director general de Instrucción pública en 1873 le dió encargo de pasar á la Isla de Cuba, y escribir una memoria sobre el estado de la enseñanza en aquella Antilla. Cuando regresó de la Habana, dió principio Galvete á esa fiebre de trabajo, á esa laboriosidad de todos los momentos, causa sin duda de su prematura muerte, al mismo tiempo que hacía conocer y estimar su nombre en todos los círculos literarios.

Como á sus muchos amigos ha de serles grato, copiamos de una de sus cartas la distribución que hacía del tiempo diariamente:—«Me levanto á las cuatro y media y á las cinco recibo al escribiente, al cual le dicto hasta las ocho. En esas tres horas tan tranquilas de la mañana adelanto prodigiosamente en mi trabajo: pero me ha costado alguno eso de no dormir sino cuatro horas.» Véase la manera que encontró Galvete de proporcionarse tiempo para sus faenas extraordinarias, cuando las ocupaciones del periodismo que son generalmente conocidas, llenaban por completo todos sus momentos.

Amigos cariñosos se proponen publicar una colección de sus artículos más importantes sobre materias diversas: citaremos entre ellos algunos que por no estar terminados no podrán incluirse en dicha colección. Es no de ellos su importante estudio titulado *Las fuentes del Nilo*, publicado en pa-

### ANDALUCES ILUSTRES.

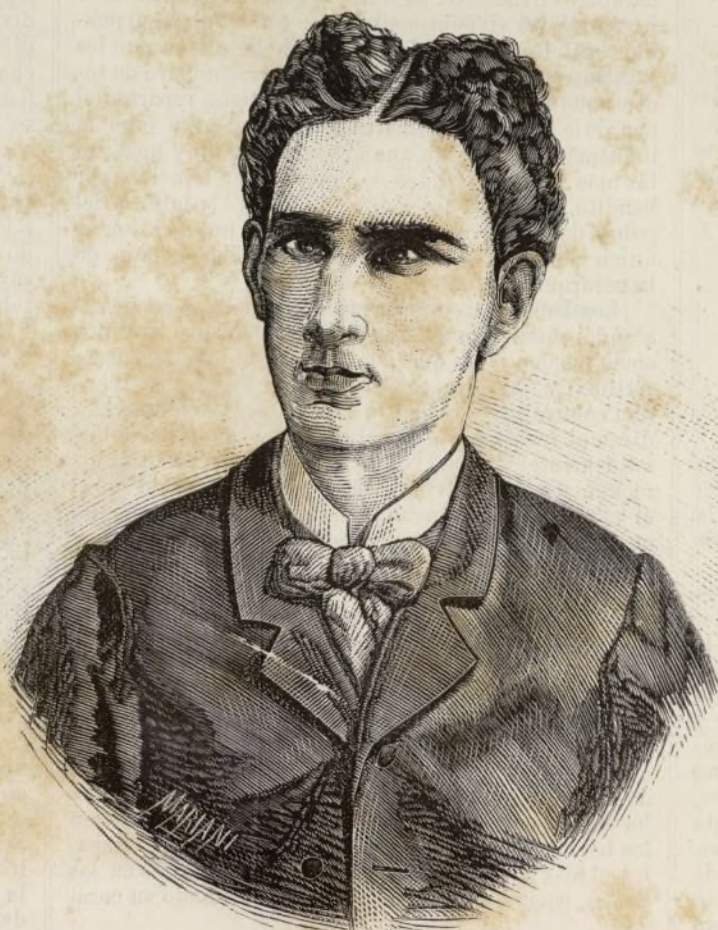
#### JAVIER GALVETE DE MOLINA.

† EN MADRID EL 27 DE OCTUBRE DE 1877.

La juventud estudiosa, á los amantes de las letras y á esos obreros de la inteligencia, que en las ingratas tareas del periodismo buscan un nombre y la realización de legítimas aspiraciones, ofrecemos como acabado modelo y ejemplar especialísimo, la memoria del brillante joven cuya temprana muerte lloran una tierna madre y cuantos tuvieron la suerte de conocerlo.

Nació Galvete en Granada en 1852. Fueron sus padres un valiente Comandante de nuestro ejército y una señora de distinguida cuna, natural de Jerez. Huérfano de padre á los cuatro meses, pasó en Sevilla y Córdoba sus primeros años é hizo sus primeros estudios, obteniendo ya en tan temprana edad, diplomas de aplicación y merecidos premios. Pasó luego á Madrid, en cuyo Instituto de San Isidro hizo todos los estudios para el profesorado mercantil, ampliándolos con el de otras materias escogidas por su natural inclinación, y que fueron la base de los trabajos que despues acometió y de que habremos de ocuparnos.

Siendo muy joven obtuvo un modesto destino, pero á los pocos meses y en aquellas Cortes-Cementerio del 67 se



D. Javier Galvete de Molina, † en Madrid el 27 de Octubre de 1877.

Barcelona. Un discurso sobre el tema *La democracia antigua y la moderna*. Un prólogo á la obra histórica de M. Mignet, casi terminado pero que había suspendido hasta realizar una escursión al monasterio de Yuste. Un estudio sobre los grandes progresos que en estos últimos años se han realizado en los países bárbaros y que anuncian, decía, con claros indicios el triunfo de la civilización en todo el Universo. Dividia este tratado en tres partes: Asia, Africa y América. En Asia examinaba la transformación maravillosa del Japon; el ferro-carril de Calcuta á Bombay, atravesando toda la India inglesa, entre el clásico Indo y el sagrado Ganges, el telégrafo concluido y ferro-carril próximo á construirse entre San Petersburgo y las fronteras de la China atravesando la Siberia; la guerra de los rusos en el Turkestan; el viaje del Shah de Persia á París; el ferro-carril desde las costas de la Siria al golfo Pérsico y por último el canal de Suez y sus resultados.

En Africa repasaba lo viajes de Livingstone, la expedición colonizadora de Baker, la guerra de los ingleses en el imperio de los achantis, y los progresos de la colonia del Cabo, que hoy tiene su gobierno representativo.

En América trataba del ferro-carril magno *Ocean to Ocean*, como dicen los yankees; de la proyectada ruptura del istmo de Panamá y de los grandes adelantos verificados por las repúblicas americanas. Tan vasto asunto, prestándose á brillantes descripciones, ha sabido hacerlo nuestro autor instructivo como pocos libros de ciencia y ameno como una buena novela. Creemos que nuestros lectores podrán apreciar al menos en parte el brillante estudio de que nos ocupamos.

Galvete era demócrata, sus ideas políticas son bien conocidas, puesto que no sólo en la prensa, sino en el Ateneo y otros círculos tuvo frecuentes ocasiones de manifestarlas. Cuando se discutía la base oncenaria terminó un importante folleto sobre la cuestión religiosa. Tiradas las pruebas, detuvo la circulación de aquel libro á ruegos de un pariente, cuyas indicaciones sobre la gravedad de dicho escrito tuvo la deferencia de atender. Creemos que hoy en la colección que se prepara de los escritos de Galvete, se insertarán algunos capítulos de dicho libro.

Aunque el continuo trabajo hizo de Javier un hombre serio antes de tiempo, su carácter sencillo y franco le captó tan generales simpatías que su muerte ha hecho honda y dolorosísima impresión.

No tenía enemigos, y sin embargo era inflexible en sus escritos. Por mucho tiempo hizo crítica literaria para varios periódicos y en ella su pluma imparcial y recta hacía que su juicio fuese aceptado siempre como expresión ilustrada y justa de un buen criterio.

En Agosto del 76 se trasladó á Heidelberg y luego á Francfort, donde al mismo tiempo que ampliaba sus estudios, escribía al *Diario de Barcelona* y otros periódicos las importantes cartas relativas á la cuestión de Oriente, que con tanta avidez fueron acogidas por el público y prueban la exactitud de su juicio, porque cuando la prensa extranjera en general y las correspondencias telegráficas, daban por segura una solución pacífica, Galvete anunció y sostuvo que la guerra era inevitable, aduciendo razones que la experiencia vino después á justificar.

No permitiéndonos el espacio de que disponemos prolongar estos apuntes, reiteramos á los lectores el anuncio de la próxima publicación de los escritos de Galvete.

Al dejar la pluma enviamos la expresión de nuestra pena á la inconsolable madre, de quien Javier era la única alegría y legítimo orgullo, así como fué siempre amigo cariñoso y leal, justo, virtuoso, honrado y entusiasta de todo lo que fuera grande y generoso.

J. DE M.

Baeza: 1877.

#### LAS BODAS REALES.

No podía el CÁDIZ dejar de enviar su felicitación respetuosa á los pies del trono, cuando vá á tener lugar un acto decisivo casi siempre en la vida del hombre, de gran trascendencia é importancia en los destinos de un rey.

Si fuera dado á nuestro entendimiento leer lo porvenir en lo presente, sólo venturas podríamos predecir á los excelsos príncipes, que se unen al empezar la vida, como para ofrecer ante las pasiones mal contenidas que agitan á los pueblos en su renacimiento bajo las nuevas ideas, el espectáculo dulcísimo del amor y la esperanza, de la juventud y la belleza; que sonriendo con la celeste confianza de la felicidad, inauguran una nueva era de calma y de bienes para esta nación, cansada de correr tras fantasmas imposibles, sedienta de paz, y dispuesta á dar su amor y su respeto no sólo al poder real, sino á la personalidad simpática de sus reyes, que una nación tan hidalga y generosa como la nuestra no establece distinguos cuando de tan altos afectos se trata.

Por lo ya que el porvenir se nos oculta, bien podemos ocuparnos del presente, que tan amplio horizonte extiende á nuestra vista, iluminado con esa luz de los

grandes sentimientos que brilla tanto más clara, cuanto más alta se enciende. Nada más acertado que la elección de nuestro joven Monarca, presentada por el pueblo, que unia en su pensamiento á los dos augustos niños, cuando ellos mismos no lo pensaban siquiera, como si el presentimiento de los grandes sucesos estuviese inmanente en el espíritu de las sociedades.

Al hablar de la elección acertada de nuestro amado Rey, claro está que no miramos su casamiento bajo el punto de vista del corazón, pues el amor no se elige, nos elige él, y como todo sentimiento se impone; le miramos como acto diplomático y acontecimiento nacional.

Nada más natural que el amor del Rey hacia su noble prima: la princesa Mercedes de Orleans tiene una figura delicadamente bella, simpática, atractiva. Tiene además el perfume casto y suave de las virtudes, y los encantos de una esmerada educación.

Nacida en el fondo de un palacio real, ha crecido en él bajo el cuidado amante de unos padres, modelo de príncipes, acostumbrándose desde sus primeros pasos en la vida á la práctica del bien, en todas sus manifestaciones; y cuando la hermosa niña convertida en mujer, se ha ofrecido ante la sociedad como acabado conjunto de perfecciones, la mirada de un Rey, fijándose en ella, la ha envuelto en el brillo regio de la Majestad, iluminando sus encantos, bien así como un rayo de Sol da á conocer el valor de un diamante.

Los soberanos de la tierra, por lo mismo que han recibido de Dios más altos dones, tienen también más grandes y sagrados deberes que cumplir, y hé aquí el motivo de que, ajustando sus actos á las necesidades de sus pueblos, obedeciendo á una conveniencia reconocida como razón de Estado, sacrifiquen sus afecciones personales en provecho de los intereses de su nación, que es bien justo que se desvele por el bienestar de un reino, el rey que en él cimenta el trono en que se eleva.

Don Alfonso XII, que á su esclarecido talento une las provechosas lecciones de la experiencia, pues á pesar de su juventud conoce ya las veleidades de la fortuna, al elegir por esposa á la princesa Mercedes, ha probado altamente su tacto y prudencia, en el grave asunto de su matrimonio. No sabemos si el amor habrá coronado con su diadema de luz la obra de la razón, ó si ésta, obedeciendo al mandato del corazón, habrá sancionado el sentimiento, pero de un modo ó de otro, uniéndose dichosamente ambas aspiraciones, han producido el proyecto que regocija á España, porque le dá por Reina á una princesa á quien ya tiene la costumbre de amar y respetar, y une además, con el mismo lazo que estreche dos corazones, muchas voluntades y muchos deseos, agrupando en torno del trono que han de ocupar D. Alfonso y Doña Mercedes todos los elementos que pueden oponerse ante él á las corrientes revolucionarias.

No es, pues, sólo un casamiento de amor, como se ha dicho; es que el amor se ha unido felizmente á la razón de Estado, para dar al Rey felicidad, y bien estar al pueblo.

La princesa Mercedes al subir al trono de sus abuelos, lleva al Rey como aurea dote, á más de sus incomparables virtudes, de su dulce belleza, de su brillante juventud, las vivísimas simpatías que inspiran al pueblo español sus augustos padres. Nadie olvida que los excelsos Duques de Montpensier son el amparo de todo el que sufre; que sus manos caritativas reparten el pan de la caridad á millares de infelices; que bajo la influencia poderosa de una existencia pura y modesta las más santas virtudes se practican en aquel hogar bendito, donde un lujo inútil no insulta la miseria del pobre, donde el vano orgullo no aleja nunca al ser á quien la suerte le ha colocado en un grado más bajo de la gerarquía social.

¡Los Infantes!... murmuran al verles en su coche paseando entre la multitud, tan sencillamente vestidos como pueden ir los que deben al destino una modesta fortuna: y todas las cabezas se descubren, y se inclinan con respeto y simpatía ante ellos: ¡los Infantes!... dicen al verlos entrar en el templo y arrodillarse humildemente; y en esa voz hay tanto afecto como admiración: ¡los Infantes!... exclaman, en fin, cuando sobre el río desbordado avanza una barquilla, sostenida apenas en la corriente impetuosa, que lleva pan y abrigo á los infelices inundados!... ¡Los Infantes!... Siempre que hay que admirar una acción caritativa, un hecho notable, se escucha el nombre augusto de los Duques de Montpensier!

Hé aquí por qué creemos que las bodas regias satisfagan á todos los buenos españoles, porque ellas si son dicha para el Rey han de ser esperanza para el pueblo.

Los hijos recojen siempre los frutos de las semillas de virtudes que siembran sus padres: si esta verdad ha de cumplirse, la princesa Mercedes encontrará en las bendiciones que se la dirijan como reina de España, el más hermoso premio á las santas acciones en las cuales, como en molde divino, se ha formado su corazón.

Que sea la nuestra, sino la más valiosa, al menos la más entusiasta, por partir de una andaluza, y que sepan los regios esposos que si como reyes les deseamos todas las grandezas de la tierra, como amantes pedi-

mos á Dios les conceda todas las felicidades de los Cielos.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz 28 de Diciembre 1877.

#### NAVEGACION.

##### VI.

La protección á la bandera nacional con los tratados y con la marina de guerra, es una de las primeras necesidades de nuestra navegación que rodeada de dificultades, tributos, molestias y vejaciones en nuestros puertos, lleva una larga serie de años en que todas las medidas tomadas, todos los tratados hechos, léjos de favorecer su desarrollo, le han procurado una nueva desventaja, en términos de que no pudiendo ya nuestra marina mercante competir con la extranjera, va desapareciendo de los mares nuestra bandera.

Afortunadamente el actual ministro de Estado, señor Silvela, se ocupa muy asiduamente en remediar las desventajas que el empirismo de unos, las exageraciones de otros, la incompetencia de algunos, la indiferencia de muchos y la precipitación de todos habian creado á nuestra navegación y por ella á nuestro comercio, agricultura é industria, que acusan un marcado descenso, disminuyéndose en vez de aumentarse los mercados, ya por los aumentos en las tarifas extranjeras, ya por los de las propias para nuestras mismas producciones, como sucede con las de las provincias de Ultramar.

Cosa es esta de difícil comprensión para el buen sentido, y que sin embargo está sucediendo. Nosotros tenemos provincias en Ultramar, cuyos frutos valiosos son codiciados del mundo entero, y tenemos que conformarnos con adquirirlos muy inferiores y costosos del extranjero, porque los nuestros no pueden soportar los crecidos derechos que se les imponen.

Si abriéramos todos los puertos españoles al cabotaje, los azúcares vendrían en gran parte á refinarse en la Península y los tabacos á elaborarse. Nuestros buques tendrían retorno de las Antillas, cuando hoy tienen que volver en lastre, y aquellos habitantes, como los de Filipinas, tendrían lo que desean hace muchos años para su prosperidad y la nuestra para crear comunidad de intereses, para ser verdaderos españoles, compartiendo las ventajas como las desventajas de serlo.

Así lo ha procurado con su paternal solicitud en Puerto Rico el entendedor y digno General la Portilla, según las correspondencias que de allí se reciben. Así lo ha manifestado también en su proclama de despedida, respecto de las materias que es objeto de este artículo, diciendo:

«Por mi parte nunca cesaré de pretender con verdadero afán, que sean reciprocas, directas, equitativas, fáciles y constantes, como parece natural, las relaciones comerciales entre los individuos, los pueblos y las provincias de una patria misma.»

La manera imparcial y justa con que ha regido aquella leal provincia, ha hecho desaparecer todas las divisiones y antagonismos que empezaron á crear las diferencias políticas, encontrándose hoy todos satisfechos y orgullosos de ser españoles, con la firme confianza de que el ilustrado Gobierno del Rey D. Alfonso XII, no desatenderá las justas reclamaciones de sus autoridades y representantes.

Natural es que nuestras Antillas consuman los frutos de las provincias peninsulares, con preferencia á los similares extranjeros; pero lo es del mismo modo el que los peninsulares reciban preferentemente los suyos y no los azúcares extranjeros de remolacha y los tabacos de Virginia y Quentucky.

Esta reciprocidad de estricta justicia es la que desean y la que necesitan las provincias apartadas para entrar de lleno en la comunidad de intereses de una misma patria; pero léjos de exigir esto un sacrificio de nuestra parte, es también una necesidad bien imperiosa por cierto para la España peninsular, si ha de llegar á tener industrias, extender el comercio y aumentar y mejorar su decadente navegación.

El cabotaje privaría por lo pronto al Erario de algunos valores, de que se resarciría con creces en los años venideros por el aumento de producción y de tráfico; pero ¿no son acaso en estos objetos reproductivos en los que la ciencia y la razón recomiendan que se inviertan las rentas públicas con preferencia, porque ellas son las que producen el bienestar y el engrandecimiento de los pueblos?

Hay además en nosotros una circunstancia especial que dá una importancia muy trascendental al aumento de nuestra navegación y consecuentemente de nuestro movimiento mercantil. Esa circunstancia es la de que estamos perdiendo los mercados y las relaciones de intimidad y fraternidad con que nos ha brindado toda la Hispano-América desde que fué reconocida su independencia, excepción hecha de los casos en que se le ha inspirado recelo por nuestro Gobierno de pretensiones más ó menos directas de dominación.

El cabotaje que haría verdaderamente hermanos nuestros en la vida económica de los pueblos á las

provincias ultramarinas, nos conquistaría las simpatías de ellas y de todas las repúblicas hispano-americanas, que aprovecharía nuestra marina con el aumento considerable que esa medida no podrá menos de producir y dejaríamos de hacer nuestros cambios con aquellos países por medio de las marinas extranjeras, perdiendo inmensamente en nuestra riqueza y en nuestra significación y rango entre las naciones.

Tan altos intereses exigen en nuestro concepto que se busquen á toda costa otros objetos u otra forma de tributación, y que desaparezcan todas las trabas impuestas á la navegación y al comercio, inclusa la del estanco del tabaco para una época que no sea remota, y después de estudiar la manera de que la venta libre dé precisamente al Erario la misma renta que la estancación del artículo.

Insistimos tanto en la necesidad del cabotaje, porque no creemos haya arbitrio alguno fácil y pronto de fomentar las navegaciones, una vez suprimido y consignado en los tratados el antiguo derecho diferencial de bandera, que protegía la nuestra para sostener competencia con otras más adelantadas, y al suprimirse está dando por resultado la desaparición de nuestra bandera de algunas de las líneas más importantes del comercio universal.

No pudiéndose ya ni conviniendo quizás volver al derecho diferencial, por ser más ventajoso para el desarrollo de nuestra navegación el cabotaje entre todos los puertos españoles y el desestanco en el más breve plazo posible, nada más podemos decir sobre este punto que no tenga ya preparado y arreglado infinitamente mejor para nuevos tratados ó modificación de los existentes, el entendido y celoso Sr. Silvela.

Tres oposiciones se han presentado únicamente en las Antillas cuando se ha tratado en las Sociedades Económicas u otras corporaciones de la conveniencia del cabotaje: 1.ª la del elemento filibustero, que no quiere estrechar ni aumentar los lazos que unan aquellas provincias con la madre patria, sino por el contrario, aflojarlos y romperlos; 2.ª la de la falange monopolizadora á toda costa, que no quiere franquicias generales porque las tiene particulares y exclusivas que naturalmente le producen más, y 3.ª la de algunos empleados y agentes oficiosos que desean las mayores restricciones y dificultades para salvarlas ó disminuirlas. Cuantos no pertenecen á estas tres clases interesadas en contra del bien general, han deseado siempre las mayores facilidades para las transacciones y la mayor reciprocidad é identidad entre los intereses de las provincias apartadas y de las peninsulares, cuyo libre cambio ha de hacer prosperar á las unas y á las otras y hacer revivir nuestra navegación.

Cádiz es también en la cuestión del cabotaje, como en todas las que afectan á la navegación, el más interesado de todos nuestros puertos, porque siendo ya hoy poco frecuentado lo sería mucho aumentándose el movimiento general de nuestra marina, si se preparase mejor para recibir los buques, con puerto mercantil *verdadero* donde puedan atracar con seguridad y comodidad, lazareto, depósitos y demás mejoras indispensables. Bien necesita, por lo tanto, procurar la realización de esas mejoras por todos los medios imaginables; porque su decadencia demasiado marcada ya, no es fácil calcular hasta dónde llegará, si se sigue disminuyendo como en los últimos años nuestra navegación trasatlántica; por lo que creemos que los periódicos de esta capital deben agitar uno y otro día sin descanso esta cuestión vital del cabotaje, como han empezado á hacerlo con gran suma de razones nuestro estimado colega el *Diario de Cádiz* del 14, y *El Comercio* del 20.

Restanos aún hacernos cargo de la protección que la marina de guerra necesita prestar á la mercante de bien diversos modos: 1.º aliviándola de los gastos, detenciones, molestias y dificultades que sufre innecesariamente en nuestros puertos; 2.º teniendo nuestra Armada más correctas y grandes goletas con gruesa artillería, por ser buques poco costosos en su construcción y sostenimiento, porque pueden hacerse en nuestros arsenales y astilleros, y porque podrían por lo mismo multiplicarse para proporcionar un gran plantel de marinos verdaderos de mar y una protección eficaz en todos los mares y puertos más frecuentados por nuestros buques mercantes; 3.º haciendo descubrimientos en rios peligrosos ó difíciles que interesan á nuestro desarrollo comercial, como el *Niger* y otros cercanos ó contenidos en nuestras posesiones y cuya exploración acertada, podría ser un manantial de riqueza para el porvenir, y 4.º volviendo á las matriculas de mar, despojadas de los abusos y desigualdades con el servicio militar de tierra que las hicieron odiosas, cuando hoy con el servicio obligatorio se tiene ya un principio común de equidad, que sólo necesita deslindarse en los dos brazos ó institutos. de mar y de tierra, para que yendo al primero los que no sean ajenos á la profesión de la mar, se tenga siempre una marinería numerosa, inteligente y bien dispuesta, tanto para los buques de guerra como para los mercantes.

&amp;c. &amp;c.

### Á UNA FLOR.

Sola en el mundo vivía  
Arrastrada por el suelo  
Pobre flor á quien el Cielo  
Robusto apoyo negó;  
Esclava de los antojos  
Del vendabal inclemente,  
Triste inclinando la frente,  
Su desamparo lloró.  
La voluble mariposa,  
Libaba su rica esencia,  
Y el Sol, por condescendencia,  
Un rayo de luz le dió;  
Jamás sobre ella la aurora  
Destilaba su rocío,  
Y hasta el calor del Estío  
Contra la flor se ensañó.  
Mas ella viendo que el hombre,  
Por humilde la olvidaba,  
Y el mundo la abandonaba  
Porque infelice nació;  
Irguió altiva su cabeza  
Y en su orgullo amenazante  
Dijo: «de aquí en adelante  
Nadie es más grande que yo.»  
Y sus brazos enlazando  
Á un árbol fuerte y frondoso,  
Tendió su tallo ramoso,  
Que en flores se desplegó;  
Y sus flotantes guirnaldas  
Se agruparon de talsuerte,  
Que en su copa el árbol fuerte  
Ambas ramas confundió!

JOSEFA SEVILLANO DE TORAL.

Jaen: 1877.

Te amo con el ardor de los volcanes,  
Y mi amor es tan puro como el Cielo,  
Y tú eres mi gloria y mi consuelo  
Y mi vida y mi muerte y mis afanes.  
Con el frío sudor de la agonía,  
Si un cataclismo el orbe desgarrara,  
Aun mi labio tu nombre pronunciará  
Y mi vista tu rostro buscará.  
Como el justo en el premio prometido  
Pensé en tí de mi vida en la alba aurora;  
Y al verte, de mi ser fuiste señora  
Y á tus plantas de amor caí rendido.  
Desde entonces tú sola eres la palma  
Del mártir á quien matan sus porfías,  
Tu sonrisa es la aurora de mis días  
Y tu llanto el rocío de mi alma.  
Pide al Sol que suspenda su carrera,  
Al rayo que no salte de la nube,  
Pide al humo que baje, cuando sube,  
Que no brote una flor la Primavera;  
Pide al espacio luz, cuando el Sol duerme.  
Á un peñasco razón y aliento pide:  
No pidas al recuerdo que te olvide,  
Ó máteme, si amante no has de verme!  
No tu hermosura voluptuoso anhelo,  
Sólo el temor de no mirarla abrigo;  
No busco ser tu esposo, mas tu amigo  
Y tu esclavo y tu bien y tu consuelo.

No sabes los tormentos que me oprimen:  
Al pensar que tu suerte no es mi suerte  
Deliro ante la idea de perderte  
Y me siento capaz... hasta del crimen!...  
No puede ser: acabará esta guerra  
Y me amarás en la celeste altura,  
Libre de la grosera vestidura  
Que sujeta el arcángel á la tierra.  
En pago de lo mucho que sufrimos,  
Allí ya sin temor nos amaremos  
Y unidos y más puros volveremos  
Á la mente de Dios donde nacimos.  
¡Engañosa ilusión!... Tú eres ingrata  
Y de otro ser ya labras la ventura...  
No puedo más: me ahoga la ternura,  
Me ahoga sin cesar, ¡pero no mata!...

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid: 1877.

### AMOR Y CELOS.

Qué son celos inquiriendo  
Voy de los que están penando,  
Y así, de ellos anotando  
Todo lo que van diciendo.

Si está mal no se me arguya  
Por un parecer ageno  
Todo lo malo y lo bueno,  
Conste, pues, que es obra suya.

I.

«—¿Sabes niña que es amor?  
—Amor, dudas y desvelos.  
—¿Sabes tú lo que son celos?  
—¡Ay si lo sé!... ¡Si, señor!  
Celos son que Juan se vá,  
Celos son que Juan no viene,  
Celos que le gusta Irene,  
Y que no sé donde está.  
Celos una desazon  
De que tengo el alma llena;  
Celos la angustia y la pena  
Que me oprime el corazón.  
Celos son el mal más grave  
Que pueda el alma tener;  
Celos, lo que puede ser:  
Pero lo que no se sabe.  
Busco luz en mis desvelos  
Llevando esta negra cruz,  
Porque donde está la luz  
No pueden estar los celos.

II.

—¿Qué es amor?—Amor, la mar,  
El ave, el Cielo y el río,  
La inmensidad y el vacío,  
Sufrir, temer y gozar.  
—¿Los celos?—Un elixir  
Que á todo amante se aplica,  
El soplo que vivifica,  
Un fuego que vá á morir.  
Celos un temor que asalta  
Y mil disgustos nos presta,  
Una cosa que molesta,  
Pero que hace mucha falta.

III.

—¿Qué es amor?—El amor es  
Una frase sin sentido,  
Un esqueleto vestido  
De cálculo y de interés.  
Prueba de que no exagero,  
Tenga usted el buen humor  
Para saber qué es amor  
De buscarlo sin dinero.  
—¿Qué son celos?—Un abismo  
De dudas y de dolor,  
Capa en que el llamado amor  
Va encubriendo el egoismo.  
Este mal está encerrado  
En esto solo, á saber:  
En el temor de perder  
Lo que parece ganado.»

Y si fuera á consignar  
Las opiniones de ciento  
En el papel, este cuento  
Fuera el de nunca acabar.

Todos según su sentir  
Van al caso respondiendo,  
Ya llorando, ya riendo  
Sin poderlo definir.

Yo me guardo mi opinión  
En tan escabroso asunto,  
Y en este punto, hago punto,  
Preguntando lo que son.

LUIS DE MOYA.

Madrid: 1877.

### ANTE UN CADALSO.

Crecida turba en derredor se vierte  
De un siniestro tablado, y palpitante  
Aguarda con afán el duro instante  
De un sangriento espectáculo de muerte.  
Mientras curioso el pueblo se divierte  
—«Ya vienen»—una voz grita anhelante  
Y un infeliz de lívido semblante  
Demente ó muerto ya cumple su suerte.  
La homicida cuchilla descargada  
Allí termina la tremenda guerra,  
Y un alma criminal vuela al Eterno;  
Lo veis!... La sociedad ya está vengada  
Hay... otro crimen más sobre la tierra,  
Y un condenado más en el infierno.

CASTO VILAR Y GARCÍA.

Madrid: 1877.

## MAS ALLÁ.

Á MI QUERIDO AMIGO EL INSIGNE POETA  
RAMON DE CAMPOAMOR.

Frágil é incierto esquite combatido  
Del mundo en la azarosa tempestad,  
Que á impulsos de los vientos codiciosos  
Intentas resistir al huracan,  
Trasunto de la misera osadía,

¿Á dónde vas?  
Surco las olas airadas  
Hasta una orilla tocar,  
Dó se sacie mi deseo,  
Mi hondo afán.

Genio que inspiras la maldad al hombre,  
Sombra en que se oscurece la verdad,  
Hipócrita virtud que en este suelo  
Pretende largos siglos imperar;

Torbellino que arrastras nuestras glorias,  
¿Á dónde vas?  
Semilla de los dolores  
Secó la felicidad,  
Mi víctima es la conciencia,  
Mi bien, el mal.

Anatema cruel que en este suelo  
De la discordia atizas el volcan,  
Niebla humeante que destilas vicios,  
Incendio de la honra pertinaz;  
Mentida adulacion, falsa apariencia  
¿Á dónde vas?

Rauda, prepotente, altiva  
Como el águila caudal,  
Escalando voy la nueva  
Inmortalidad.

Envidia miserable á cuyo soplo  
Quieres soberbias torres derribar;  
Lengua dañosa que en el pecho débil

Cebas desatentada tu puñal;  
Eco de la alabanza de los necios,  
¿Á dónde vas?

Soy alimento del hombre,  
Dios de este siglo venal,  
Produzco lauros, trofeos...

Honra, jamás.  
Aura apacible conque el triste sueña,  
Plácido sueño de ventura y paz,  
Númen fecundo de virtud y amores;  
Esperanza que ahuyentas nuestro afán;  
Luz de los seres que dolientes gimen...

¿Á dónde vas?  
¡Ay! yo no vivo en la tierra;  
¡Ay! yo no existo en la mar;  
Mi morada no es el mundo;  
¡Es más allá!

AMÉRICO HUGO.

Santiago de Cuba: 1877.



La embajada marroquí subiendo la escalera del Palacio Real, acompañada del Introdutor.

## RIMA.

Era al oscurecer: en tu sonrisa  
Lujuriosa y liviana,  
Vi brillar un destello  
Del fuego en que te abrasas.  
Pasaste junto á mí: tus rojos labios,  
Rojos como la grana,  
Se abrieron, y—¿soy bella? —  
Parece preguntabas.  
Yo, entónces, sólo dije,  
Posando la mirada  
Sobre tí, abrasadora:  
¿Pregúntaslo á mis ojos, ó á mi alma?

JOSÉ MARIANO MILEGO.

Alicante: 1877.

## LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

POEMA EN PROSA.

Decoracion segunda.

**P**OBRE naturaleza humana que para suplir á las miserias de la realidad tiene que forjar grandezas en la region del espíritu! y aún ménos malo si la dejan en quieta y pacífica posesion de sus quimeras ó ideales. La historia de la humanidad no parece sino una serie de ensueños creados sobre ruinas de ilusiones. Pero al fin, mientras subsiste un ideal vive el alma aunque padezca el cuerpo. Es como la familia pobre descendiente de nobles abuelos, que endulza el pan amargo de la pobreza con el recuerdo del esplendor pasado y la esperanza de recobrarlo en lo porvenir.

Cuenta que al hablar de la humanidad, hablamos sólo de los hombres. La mujer siempre fué un cero á

la izquierda. Materia, sujeto ú objeto del amor más ó ménos puro, y siempre esclava del señor, del marido ó del amante, pudo tener todos los ideales que caben bajo el techo del hogar, durante el breve tiempo de su juventud. ¿Y qué más quiere? dicen sus disfrazados protectores. El amor de esposa, el amor de madre, el templo de la familia, el altar doméstico donde ella es la gran sacerdotisa, donde brilla en todo el esplendor de su naturaleza tierna y sensitiva, es mucho y aún más de lo que puede desear para ser dichosa. ¡Oh cuánta poesía y qué magisterio despliega el hombre al describir los bienes, los gozes, la felicidad de la mujer en su paso por el mundo! Cuando se oye á la mujer reclamar derechos iguales siendo las cargas desiguales, el ánimo se subleva y la paciencia se acaba. Oid sinó el gran poeta inglés en su soberbia pintura de los deberes y obligaciones de hombre y mujer en el estado matrimonial.

La escena es la final de la comedia *La fiera domesticada*.

Catalina, á quien Petruchio, hombre bien acomodado, ha reducido á la obediencia, dirige la siguiente homilia á las mujeres que la rodean.

«¡Fuera!, acabe ese entrecejo amenazador y no lancéis duras miradas que lastimen y hieren á vuestro señor, rey y gobernador.... Vuestro marido es vuestro amo, vuestra vida, vuestro guardador, cabeza y soberano, el que os cuida y procura vuestra manutencion, sujeta su cuerpo á un trabajo penoso, ya por tierra ya por mar, y vela de noche en la tempestad y de dia en el frio, mientras que vosotras lo pasáis recostadas al amor del fuego, salvas y seguras: y no pretende más tributo de vosotras sino amor, dulces miradas y verdadera obediencia, harto corta paga para tan grande deuda. El homenaje que el vasallo debe al príncipe es poco para el que la mujer debe á su esposo, y cuando ella es insolente, antojadiza, regañona, tétrica, brusca, ágría y

desobediente á su honesta voluntad, ¿qué es más sino un necio rebelde y traidor ingrato á su amante dueño? Me avergüenza haya mujeres tan simples que declaren guerra cuando de rodillas debían pedir la paz y buscar direccion, supremacia y dominio sobre ellas, por el infame placer de servir, obedecer y amar. ¿Por qué son nuestros cuerpos, tiernos, débiles y suaves, incapaces de trabajo y fatigas en el mundo sino para que nuestros caracteres suaves y nuestros corazones blandos correspondan con nuestro exterior? Venid, venid caprichosos gusanos. Mi espíritu se alzó tanto como el vuestro y se atrevió á devolver palabra por palabra, mas ahora veo que nuestras lanzas no son otra cosa que débiles aristas.»

Brava homilia: al fin como de pluma de tal predicador, y bien pudiera citar aquí centenares de la misma estofa sacadas de las obras de los moralistas, si no

se redujesen todas á pintar el estado de la mujer como el más dichoso, feliz y apetecible que puede caber en lote á los mortales y todo el secreto está en *dejarse ir*, como quien dice, en humillarse para ser más y más ensalzada. Una autora moderna, enemiga del movimiento emancipador en Inglaterra, escribe: «Nuestra debilidad es nuestro encanto, nuestro valor, nuestra fortaleza y ¿vamos nosotras mismas á destruirlo?»

Tráeme todo esto á la memoria la observacion de un niño á quien mostraba yo las curiosidades artísticas de un museo:—¿Qué representa esa estatua? me preguntaba.—Este es Apolo.—¿Y aquella otra?—Representa á Júpiter. La de más allá es un guerrero; esotra, continuaba yo, es un gladiador y así por este orden le iba explicando las diversas representaciones de aquellos tesoros del arte que nos ha legado la civilizacion griega.—Y ¿todo esto es de Grecia?—Sin duda



La embajada marroquí en Palacio.

alguna. El niño quedó por algun tiempo pensativo al cabo del cual salió de su suspension con esta natural pregunta:—De manera que en Grecia no había cojos, estropeados, mancos, ciegos, jorobados, ni enanos, ni feos como hay en mi pueblo.

Semejante á lo que intento deducir de lo que pintan los artistas y lo que es la realidad, nos dió ejemplo el gran realista como novelesco pintor Cervantes, que con haber descrito la encantadora y poética vida de pastores no humanos sino divinos, supo al menos poner el siguiente cuadro de la verdad al lado de la ficcion poética en el hocico del perro Berganza, quien admirado de la diferencia de tratos y ejercicios de sus pastores con los que había oído leer tenían los pastores de los libros, dice: «Si los míos cantaban no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo do vá Juanica* y otras cosas semejantes, y esto no al son

de churumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacia el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que solas ó juntas parecían, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñían: lo más del día se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abarcas.»

Bien puede asegurarse que si la sociedad fuese como algunos poetas y escritores la pintan, no habria nada que desear sino dar gracias á la Providencia por tanto bien. Ni habria mujer en el mundo que se acordara de derechos y menos de pedirlos si todas tuviesen un marido como el Petruchio de la comedia. No la mano sino el cuello pondrian bajo la bota de su señor á puro felices y agradecidas. Reinas en su casa, llenas de las comodidades que trae consigo la abundancia y el desahogo, recostadas como dice el poeta en templado

y mullido lecho, ¿qué más podrían acertar á desear? Pero ¿es así la realidad? ¿Son así todos los matrimonios? ¿Tienen esa suerte ó es ese el lote de todas las mujeres? ¿No hay en la vida social inglesa mucho de lo que contaba Berganzas de sus pastores en las cercanías de Sevilla y los pastores pintados de los montes de la Arcadia?

Al leer esa homilia de *Shakespeare* y tantos otros consejos y advertimientos morales y de conducta, se figura uno que la sociedad está hecha á compas, peso y medida; que á todos ha tocado igual parte en los bienes de la tierra, y por consiguiente que la leccion vá dirigida á todos, cuando en realidad y por desgracia, alcanza á un número muy reducido. Es lo mismo que cuando se lee un libro como *Guía de príncipes* ó *Gobierno de palacio*, que la generalidad de los lectores no pueden sacar de ellos aprovechamiento alguno,

y no por falta de buena voluntad y buen deseo, sino que por desgracia, no pertenece al número de esos privilegiados.

Lo mismo puede responderse á la autora citada y á todos cuantos hablan del sexo y no de la mujer, á todos los que, y son infinitos, se forjan un ser abstracto lleno de perfecciones físicas y cualidades adorables, á quien llaman la bella mitad del género humano y por otra parte representan la otra mitad á sus plantas de rodillas, dispuesta á protegerla á idolatrarla y á adivinar sus pensamientos. Estos son restos de una realidad, ó mejor dicho de un ideal que ya pasó y del cual tengo que ocuparme, para desengañar á los ilusos y hacer patente á los ciegos, que no impunemente se destrozan y hacen pedazos las ilusiones que entretienen y engañan el corazón femenino, ya que otra cosa no se le ofrecía. No es culpa de la mujer, si los hombres han abandonado aquel fanático culto de la caballería, aquel código sublime de finezas, deferencia y obsequios con que sabiamente trataron de compensar las desventajas del sexo débil. Hoy que todo esto ha concluido y con razón; hoy que los Tenorios tienen que dar cuenta de sus devaneos ante los magistrados de policía, y caso de seducir á una hija y matar al padre, en vez de convidar al festín á su estatua, le convidará la justicia á él con un pasaporte para el festín del otro mundo; hoy, en fin, que se ha desgarrado la venda de ilusiones y desvanecido la atmósfera de poesía que á la mujer circundaba, presentándose á sus ojos la realidad seca y el egoísmo sin disfraz, la mujer tiene que mirar por sí, ya que el mundo no mira por ella, ni es título su hermosura, ni ejecutoria sus gracias y juventud. Todo, todo ha cambiado, hasta lo más importante y que más de cerca toca á la mujer, que es la conducta de los hombres para con ella.

Si se compara la vida social actual en Inglaterra con la de España, por ejemplo en los siglos XVI y XVII, tal como el teatro, espejo de las costumbres nos la pinta, diríase que eran dos razas de seres completamente distintos en pasiones, instintos, sentimientos, propósitos y objetos. Los españoles que son en todo extremados, llegaron también al extremo en esa especie de religión del amor y de culto al bello sexo. El cristianismo elevó á la mujer á compañera del hombre. Este es uno de los sólidos y positivos beneficios de la doctrina de Jesús. Como ser débil no podía menos de ser objeto preferente del sublime reformador azote de los soberbios y opresores, y predicador de la igualdad. Pero si esto hizo el cristianismo, la caballería que fué una especie de religión militar ó el evangelio armado, no la consideró como compañera, sino que la elevó un trono y un altar y rindió á la mujer un culto y homenaje que rayó en la locura y el fanatismo. Llegó entonces lo que puede llamarse la metafísica ó el misticismo del amor y que los perfectos católicos de las pasadas épocas con respecto al Redentor, y lo que los filósofos positivistas de nuestros tiempos con respecto al bien, pensaron los trovadores y caballeros de la edad media de la mujer, y del principal sentimiento que el sexo inspira. Bien lo expresa el coloso de los dramaturgos en su comedia *Saber del bien y del mal*, cuando lo explica:

«Una humana adoración  
A lo hermoso solamente,  
Un respeto á lo divino,  
Que ni desea ni quiere  
Más premio que sólo amar.»

¿Es otra cosa lo que pintó Cervantes en el gran modelo de los caballeros el hidalgo de la Mancha? No es del caso enumerar los extraordinarios ejemplos de devoción, de abnegación, de afición honesta y platónica y de confirmadas locuras que conserva la historia de estos *quintescendidos* amadores. Parte de esta revolución espiritualista se debe á la imaginación poética y religiosa que de una mujer modesta y humilde, la Madre del Nazareno, hizo una reina y princesa de los Cielos de un poder ilimitado en su intervención para conceder bienes y gracias á los que bien la servían. Parte también se debe á las costumbres guerreras y á los pasatiempos de justas y torneos en que los hombres parece no haber tenido alientos sino mirando su fama por el espejo de la opinión del bello sexo. Nada alienta el valor como la presencia de la hermosura, ni nada se recomienda tanto á la hermosura como la reputación del valor. Unieronse y acordáronse tanto estas dos debilidades que vinieron á constituir una verdadera *potencia*. Y cuenta que para nada se referían á los estados de esposa y madre. La mujer casada ó la madre de familia rara vez representa papel importante en la religión caballeriza. Es más, aún la soltera que hubiese tenido un desliz, estaba por decirlo así, fuera de cuenta en el juego caballerizo. Nada eran los títulos ni la posición ni aún la hermosura en comparación con la castidad y pureza, y por eso dice bien el manchego hidalgo repitiendo el romance de Lanzarote:

«Doncellas curaban de él  
Princesas de su rocino.»

por donde se vé la alta estimación que sobre la aristocracia del nacimiento tenía para los caballeros la virtud de la pureza. Ciertamente que había andantes malandrines y sobre todo gigantes, cuyo oficio era robar doncellas y abusar de su poder: pero también lo es que el

verdadero caballero tomaba como suyo el agravio y como representación de la ley, siempre caía el castigo sobre el culpable, así fuese él solo contra un ejército.

Esta fué, si así podemos expresarnos, la edad de oro de la mujer, reacción lógica de la pasada edad de fango y de escoria porque había atravesado.

Bien seguro es que no cambiara ninguna su ser con el de los hombres, ni, aunque los supiese, pediría derechos como con razón los pide ahora. Llegó la sociedad hasta á ser pagana en este punto, dando tanto influjo á importancia y magnetismo á la voluntad y hasta el pensamiento de una mujer, que parecía que el hombre no tenía más fin ni objeto, ni impulso ni movimiento que no partiese de él y repartiéndose al bello sexo. En efecto, era amor á la especie femenina más que al individuo. La imaginación poética, al modo que la de Don Quijote en el camaranchón de la venta, suplía perfecciones físicas, caso de faltar en la mujer. Bastaba que perteneciese al sexo débil para que fuese objeto de amor ó de veneración y respeto, y esto por principio ya que no por inclinación. Llegóse á más en esta metafísica del sentimiento ó espiritualismo del corazón, y es que había algo de sobrenatural y divino, algo de heroico y sublime en el amor ignorado ó rechazado ó mal correspondido. Se amaba por amar y en cumpliendo bien la parte activa ó el *sujeto*, se curaba éste muy poco de la actitud de la pasiva ó el *objeto*, y amantes había que ardían, se derretían y consumían sin que se percatase de ello la dama causadora de tanto extrago, y tantas finezas perdidas en el vacío, se llamaban *pruebas de amor perfecto*. En resumen, la idea de la hermosura divinizada fué el eje, el móvil de los hombres en aquella edad extraordinaria, verdadera exaltación, triunfo y apoteosis de la mujer.

No aseguraré yo que las feas y los pobres tuviesen mucho que agradecer á la sociedad, pues ni la poesía ni la historia se han cuidado hasta ahora más que de las damas hermosas, ó señoras de calidad; pero aunque tras del esplendor y culto al bello sexo en esa caballeriza edad haya sus nubes y nieblas, la complejidad social de entonces y la simplicidad ó elementalismo de la vida ni permitía grandes é inesperadas vicisitudes, ni las tentaciones podían ser tan fuertes para la mujer como en la época en que vivimos.

La transición del castillo ó la ciudad, del aislamiento en que se echaron los cimientos de la familia á las cortes cada día, crecientes en población y en desarrollo de nuevos intereses, pasiones y ambiciones, creó la segunda faz de la caballería, no *andante* sino *estante* ó cortesana, esa clase que Quijano el Bueno tuvo en profundo desprecio. Esta fué ya la degeneración: la corrupción del ideal puro, primitivo; pero sin embargo, si no para la sociedad en general, ni para el moral adelantamiento, para la mujer fué aún edad dichosa. El ocio y el regalo, la lisonja, los celos y las falsas consiguientes en la competencia de favores, produjo el galanteo, como si dijéramos, la *escolástica* del amor, ó sea el arte de vencer la fortaleza femenina con proyectiles, dardos y flechas de la elocuencia, táctica y estrategia de conceptos apasionados, de suspiros desleídos en bombástica fraseología, de certámenes, disertaciones ó polémicas que se aprendían con la escuela y el ejemplo, especie de nuevas justas, esgrimas ó paso de arma en que un pecho helado parecía ser el vesubio en erupción, en que todos los trances de una pasión tenían su expresión gráfica estereotipada y en que la mujer se rendía más á la fuerza de la dialéctica que de la pasión. El amor puro, intenso y verdadero habla callando. Por eso con inimitable gracia dice Sancho, al ver que Basilio, mortalmente herido, usa de retórica para expresar su amor á Quiteria, «para estar tan mal herido este mancebo mucho habla.»

Puede calcularse, en tal estado de cosas las luchas, pruebas y agonías del principio del honor asentado en las entrañas y la médula de la caballería donde más largamente se contiene. Esta idea ó preocupación ó extravío ó como le llamaremos, debió haber quedado en los campos y lizas, en el teatro verdadero de la pristina caballería genitoria. Pero como suele decirse, la soga tras el caldero. A las cortes fué el caballero y el código del honor tras él para comenzar la más trabada y tragi-cómica batalla que jamás había presentado la historia de las debilidades humanas, siendo lo peor del caso, que las cortes, ó sean las grandes monarquías nacieran, lo adoptaron como su principio, su entraña, la savia única de su existencia. ¡El honor! ¡Qué honrosa mentira desde que abandonó su verdadero teatro y lugar! ¡Cuál fué su principio? La razón, la equidad, la nobleza en la batalla singular de caballero á caballero, la que podría llamarse jurisprudencia del palenque, legislación ó equidad de los combates. Nobilísimo resorte espiritual aplicado á templar, regular y conducir la fuerza bruta; la *Cruz roja* de nuestros tiempos presentada y adivinada por el campeón *bien nacido*. Donde nó, en aquellos siglos sin ley común, ni el Argos de la prensa, los instintos feroces y brutales hubieran avergonzado á la humana especie. Esta idea del honor es la que hace que el gran tipo de los caballeros, Don Quijote, no siga el consejo brutal de Sancho, que, viendo caído al caballero de los Espejos, dice á su amo: «Vuestra merced hínque y meta la espada por la boca, á este que parece ser el Bachiller Sansón Carrasco, quizás mate en él á uno de sus enemigos.» Bien pudiera haberlo hecho en un deshabitado y

evitarse su subsiguiente derrota; pero en eso consiste la honra del que maneja las armas, en no tomar ventaja siquiera sea de su más mortal enemigo.

¿Cómo esta idea y simple concepto del honor en cuestiones y casos tan materiales como un combate, vino á ser regla, principio, alma y vida en las relaciones sociales, y lo que es más, á depositarse como en seguro asilo en la mujer? Quizás y aún sin quizás, sea este un problema que deje en zaga á la cuestión de Oriente. De mí sé decir que me conviene resolverlo, de cualquier modo, para seguir adelante en la defensa de la «gran causa del bello sexo.» Tal vez me meto en demasiadas honduras; pero soy de aquellos que, «ó herir ó quitar el banco.» Cuando yo deje esta cuestión de la mano, bien puede decir la mujer que no necesita de más abogados ni defensores.

Y la idea del honor que nació de tan sencillos y humanos padres, ha tenido tantos padrastrós y sido tan traída y llevada, puesta en el celemin y en candelero, usada y abusada, comerciada y vendida, escarnecida y vilipendiada, tan, en suma, no explicada ni comprendida, que ya en el siglo XVII era el mayor tirano del hombre más astuto y cómplice de la mujer. Llamóla el gran Calderón «enfermedad del ánimo» y Molière la mayor ridiculez que cupo en el loco entendimiento humano. No obstante, el hipócrita siglo que corremos, tiene aún valor para recoger los girones de esa espantosa y sanguinolenta bandera y zurcir uno á modo de pendón para cobijarse con él y entrarse en los gabinetes diplomáticos, en los mercados y las Bolsas y ondearla en la nueva guerra á *coupergorgé* de la industria y ambición por el oro vil. Pero extiéndome mucho en esta decoración, y corro la cortina para continuar el asunto en la siguiente, pues como dijo nuestro gran poeta:

«Ay, honor, mucho tenemos  
Que hablar á gritos los dos.»

Londres: 1877.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

#### BIBLIOGRAFÍA.

##### LAS LECCIONES DE GUERRERO. (1)

Hace algún tiempo, bastante afortunadamente, que corren de mano en mano entre los niños y los adolescentes, dos preciosos libros, debidos á la pluma de uno de nuestros más populares escritores, de Teodoro Guerrero. Se intitulan *Lecciones familiares* el uno; el otro *Lecciones de mundo*; y bajo títulos tan modestos se ocultan los más ricos tesoros del bien, se encierran las perlas purísimas que, en no lejanos días, han de constituir el adorno más bello y estimable de la juventud.

Y antes de entrar en apreciaciones sobre tales libros permítame, lector benévolo, que discurra brevemente sobre un punto del que muchos se ocupan y que apenas hay quien lo resuelva con fortuna.

Fuera está de duda, que el carácter distintivo de todo buen libro es la moral; no me atrevo á un á suponer que haya escritor que empape su pluma en el fango de la perfidia ó en el lodo de la deshonor para emponzoñar un alma virgen, para envenenar un corazón inocente; pero no basta, no es suficiente, que la moral eslabone con un hilo de oro todas sus páginas, que perfume el hogar con sus deleitables aromas, que extienda sus gratísimos olores en la escuela como nubes de incienso bendito; necesita más; dos cualidades que constituyen su vestimenta más rica y placentera, su valer más alto y apreciable: que esté formado en los moldes pedagógicos, que la belleza literaria no lo desampare.

Según este principio, esencialmente educativo, entiendo que un libro es más *bueno*, cuanto más *bello* es la parte expositiva de la moral, cuanto más se acomoda á la capacidad del niño, cuanto mejor delineados se hallen los instintos y descritas las inclinaciones que se dibujan en los años primeros de la vida en caprichosas formas, cuanto más cautiva, y más sonrisas hace asomar en los labios de los pequeñuelos en cuyas manos se deposita: que escribir un libro moral es fácil; lo que es difícil, altamente difícil, es presentar el *fondo* con la *forma* propia y adecuada á las exigencias de la vida infantil.

Bajo este punto de vista, dentro de las buenas teorías pedagógicas, llave del perfeccionamiento de la naturaleza racional del hombre, camino de oro que conduce á los puertos de la verdad y del honor, puede afirmarse que apenas hay alguno que otro que satisfaga, á medias, los preceptos apuntados, esa necesidad suprema de la infancia, indispensable si se ha de conseguir que la educación produzca resultados positivos y frutos provechosos.

Un libro, pues, sin tales condiciones, sin cualidades tan necesarias, es un mal esencialmente perturbador, gravísimo por lo que atañe á la influencia poderosa que ejerce sobre los dominios del alma. No educa; abruma, por el contrario, y atormenta la naciente inteligencia del niño, detiene el curso de su moral desarrollo, de su intelectual desenvolvimiento; entorpece todos los organismos del ser, conductores misteriosos

(1) Cuesta 4 rs. el ejemplar. Pedidos al editor D. Manuel Rosado, en Madrid, Puerta del Sol, 9.

de la ciencia, hilos eléctricos que comunican la vida al corazón y la actividad al espíritu.

Y los libros así escritos y puestos en inocentes manos, ¿qué han de hacer sino contrariar sus necesidades, paralizar su entendimiento, ahogar sus facultades en los momentos en que más necesita de una mano benéfica que le guíe en los primeros pasos de su desarrollo? ¿Qué han de ser sino el obstáculo perpetuo para lograr que la educación sea la luz que le aliente, el faro que le ilumine, la madre que le vele, el preceptor que le disponga a entrar en el mundo con seguridad y firmeza? ¿Qué misión es la suya, cuando en vez de edificar destruyen, en vez de construir desbaratan, sin pensarlo, la obra más seductora de los tiempos modernos?

El Sr. Guerrero, que tiene un corazón de oro y una pluma fascinadora, abandonando la cumbre de su literaria gloria, ha descendido en alas de su amor a la humanidad, al terreno donde se mueve la infancia, donde empieza su desenvolvimiento, donde se reflejan sus caprichos, sus necesidades e inclinaciones.

Como César Cantú en Italia, Müller en Alemania, Ratisbone en Francia y Collins en Inglaterra, Teodoro Guerrero dedica sus mejores horas a escribir para la niñez, consagra su inspiración un día y otro a la obra más buena, a la idea más civilizadora de los pueblos; a procurar su bien, a guiarla con prudencia por los derroteros sociales que ella, sólo ella, en los venideros días, ha de ser el constante apoyo y el seguro sosten del edificio patrio.

¿Qué mayor gloria, qué mejor aureola puede alcanzar Guerrero, que la de verter las gotas de la virtud en el humano corazón, que la de encantar a la familia con las flores del trabajo, que la de sembrar la semilla del amor en el campo bendito de la vida?

Las *Lecciones familiares*, su libro en prosa, lo ha denominado así seguramente por haberlo escrito al calor de sus hijos. Emma le ha arrancado una bella pintura de *La Hermosura*, diciéndola que la del alma es la más duradera, la siempre viva del mundo; María ha logrado con sus sonrisas puras hacer sonreír a *La Virtud*; por Lidia ha escrito *Las virtudes teológicas* para acrecentar su fe, para que no dejara de mirar a Dios con los ojos de la *Esperanza*, para que en alas de la *Caridad* llevara el consuelo al que sufre, el alivio al que padece; a su querido Teodoro le ha dedicado el capítulo *El Honor* para que no olvide que él es la joya que más abriga la corona de la felicidad; en *La Bondad* señala a su pequeño Leopoldo la senda de las sonrisas; su cariñosa esposa, celoso vigía del hogar, vé en el *Código moral* la lección más sublime, la página más hermosa donde se copia fielmente la ley sobre que gira, vive y se desenvuelve la sociedad; y como coronamiento, para enseñar a sus hijos que *El respeto a los padres* es lo más sagrado, que *El amor del alma* es lo más grande, dedica a la memoria de los suyos tan preciosos artículos.

Así es como Guerrero educa; lo escribió para sus hijos, a su alcance, con frase correcta, con lenguaje que seduce. ¿Qué extraño es, pues, que los demás padres lo acojan con cariño, lo arrebatan con avidez para que aprendan sus pequeños, alentados por su bienhechora luz, a marchar con cautela por el mundo, apartados del vicio que corrompe, de las pasiones que pervierten, del mal que atemoriza, de los placeres que enervan, de los gozos que enloquecen?

Pero este libro, en verdad, no sólo advierte y canta al niño que canta remedando las impresiones de la madre; el adulto encuentra en él prudentes lecciones, útiles consejos, severa enseñanza; su lectura fortalece y vigoriza su inteligencia; templó su corazón en el crisol de la verdad, en el fuego del amor, en la rudeza del trabajo; ensancha las esferas de su actividad, abriendo horizontes risueños, alumbrados por las llamas del bien y de la ciencia.

Y si en las *Lecciones familiares* se refleja la virtud, en las *Lecciones de mundo*, donde el autor hace gala de su ingenio, brotan con mayor abundamiento sus dulcísimos bienes; libro que es el verdadero *Código moral de la infancia*, que ésta encuentra en él las penas de los delitos que comete por su inexperiencia; código, sí, donde aparecen en sentido y galano verso, los deberes grabados en el fondo de la conciencia por Dios, marcados en la sociedad por la naturaleza, escritos en las leyes por los hombres; código de máximas bellas, que en forma de lluvia benéfica, caen en el corazón infantil...

No conozco otro libro que con menos violencia, que con más deleite, haga despertar el amor a Dios, amor a la madre que nos cuida, bendecir al padre que reprende, respetar al viejo que aconseja y al preceptor que instruye; apreciar al amigo que advierte, apartarse del compañero que deshonor, engrandecer la patria que nos glorifica, tender la mano al pobre que llora su infortunio; no he visto otro libro donde mejor y más hábilmente se copien con un colorido de verdad increíble las borrascas de la vida y las inefables dulzuras del hogar; que sea el facsimile tan exacto de la virtud y del vicio, animado con colores que tanto seduzcan, encanten y deleiten.

Las *Lecciones de mundo* es, sin disputa, en valor literario y pedagógico, superior a las *Lecciones familiares*. Al leerlo atrae la forma bella y atinada que a todo el libro anima, observándose ese tinte educativo que hace despertar en la infancia el deseo por el es-

tudio y el gusto a la lectura; parece que se oyen las alegrías del Cielo formando amoroso coro con las de la tierra, las sonrisas de Dios con las del hombre, luz misteriosa que, como la electricidad se comunica entre dos polos, los polos de la vida espiritual... el alma y la Providencia.

Guerrero ha hecho un gran bien, ha llevado a feliz término una empresa que ha de dar abundantes bienes en el hogar y en la escuela, con la publicación de este libro. Hay en él tanta sencillez, tal encanto, que el niño al cojerlo en sus manos queda preso en las redes del placer y de la alegría; hace que en su cándido labio brote una sonrisa y luego la lleva misteriosamente a su alma, tornándola en perlas de inocencia...

C. SERRANO MAGDALENA.

Madrid: 1877.

#### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

La embajada marroquí subiendo la escalera del Palacio real, acompañada del Introdutor.

La embajada marroquí en Palacio.

Como todos los periódicos se han ocupado recientemente de Sid-Abselan-Esuisi, enviado del Sultán de Marruecos, que ha venido a España a saludar en nombre de su soberano a S. M. el Rey, poco tenemos que decir de los grabados, como no sea fijar la atención de nuestros lectores en los extraños ropajes del embajador y su comitiva.

### LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONCLUSION.)

—Basta con haber matado una; ¡yo no me muero tan fácilmente! yo lo que hago cuando se me ofende es despreciar!...

—¿Sí?... preguntó Lutgardo con ironía.

—Ya lo vé Vd., contestó Eugenia, riendo burlescamente y dispuesta a abrir el balcón.

Lutgardo dió un paso hacia ella.

—Eugenia!... murmuró sordamente.

—Puede Vd. retirarse; hemos concluido.

—Ah! es decir que te empeñas en que haya escándalo?... Pues bien; lo habrá!...

—No lo temo y voy a provocarlo, dijo Eugenia resuelta a todo.

—Falta que yo lo permita, rugió, esta es la frase, Lutgardo.

Y sacando rápidamente un revolver apuntó a Eugenia y disparó...

Su mano temblorosa de cólera hizo desviarse el tiro, y la bala fué a estrellarse contra un espejo que se hizo pedazos con gran estrépito.

Eugenia no se movió, no dió un grito, no cambió siquiera su actitud.

En su mirada brava, en su calma desesperada, se comprendía que le era igual vivir o morir.

Juana gritando como una loca se precipitó al balcón: la casa se llenó de gente.

—¿Qué es eso? preguntó el primero que subió a investigar el escándalo...

Lutgardo acobardado, asustado, quiso huir pero se vió detenido.

—¿Qué ha pasado aquí? volvieron a preguntar.

—Nada, dijo Lutgardo, que estaba viendo un revolver y ha salido el tiro.

—Ese hombre miente, dijo Eugenia con frialdad: lo que ha pasado es que le he dicho que se vaya de mi casa, y como no quiere irse, ha intentado matarme.

—Esta casa es mía, dijo Lutgardo, y nadie puede echarme de ella.

—De Vd? y cómo?

—¡Valiente lío! murmuró una vieja de la vecindad que por linda y joven tenía odio a Eugenia.

—He dicho que es mía, porque no sé cómo ha de llamarse a lo que uno paga, dijo con gran descaro Lutgardo.

—Caballero, miente Vd. y como eso puede probarse no crea que me inquieta.

—Probarse!... y cómo?...

—Con la mejor de las pruebas, dijo una voz clara y firme.

Todos se volvieron y hallaron en el dintel de la puerta un caballero joven, muy bravo, muy sereno, pero pálido como la muerte.

—Ricardo, exclamó Eugenia; Ricardo! tú aquí y en este momento!

—Cuando me necesitas, Eugenia!... De otro modo no hubiera venido.

—El mismo que me ha desafiado, murmuró Lutgardo con miedo.

—Ah! eras tú!... debí adivinarlo, dijo Eugenia.

—He dicho, señores, que con la mejor de las pruebas se ha de fijar la verdad de lo dicho por esta señora, porque el mismo calumniador vá a desdecirse de lo dicho.

—Yo!

—Vd!... confesará que todo fué lo que aquí se llama una guasa... que esta señora era muy dueña de no recibirle...

Ricardo se había aproximado a Lutgardo.

—Prefiere Vd. que le mate? le dijo en voz baja.

—Pero yo...

—Vd. dirá la verdad, toda la verdad, basta ya de vanidades estúpidas y de calumnias miserables!... Vd. vá a confesar que si esta señora le ha escuchado ha sido como se escucha a un amigo, que así le ha recibido en su casa, por que vá Vd. a decir que es suya, y vá a salir después de esto de aquí para no volver.

—Pero yo, murmuró acobardado Lutgardo.

—Vd. ó dice la verdad, ó irá a batirse conmigo en cuanto amanezca.

—Pero caballero...

—No admito disculpa.

—Pues yo no puedo decir... Vdes. comprenderán que lo que aquí ha pasado... esta señora me ha ofendido sin motivo...

—Al grano, eso no es lo esencial! Vd. reconoce que era una broma lo de afirmar que esta era su casa?

—Pues ya lo creo! Quién ha dicho otra cosa?

—Que esta señora sólo le ha concedido su amistad?

—Naturalmente.

—Estamos en paz: ahora, señores, ya lo han oído Vdes., y yo espero que lo repitan a cuantos hablen de esto. Don Lutgardo Arce declara que Doña Eugenia de Ochoa nada le debe ni les han unido nunca otros lazos que los de la amistad.

Lutgardo iba sin duda a contestar, pero la actitud de Ricardo le daba miedo y retrocedió hasta la puerta.

En este momento llegaban dos municipales.

—¿Qué ha sucedido? preguntaron.

—Nada, señores, contestó Ricardo, que este caballero examinaba un revolver, no tuvo la prevision de ver si estaba cargado y ha salido el tiro, pero a nadie ha hecho daño.

—Será preciso...

—Bah!... contestó Ricardo llamándoles hacia el recibimiento con una señal, no hacer caso de eso.

Algun otro argumento más convincente emplearía, cuando los municipales se alejaron.

—Ahora salga Vd., dijo Ricardo a Lutgardo.

Éste, sin esperar a que se lo repitieran se precipitó a la puerta.

—Señores, esto ha concluido... dijo Ricardo a los vecinos y transeúntes que habían invadido la casa.

Descontentos, porque la multitud está siempre ávida de impresiones, fueron saliendo uno en pos de otro.

—Ah Ricardo, perdón!... murmuró Eugenia cuando quedaron solos!...

—Perdón!... De qué? Tú sola te has hecho daño!... Pero yo lo remediaré en lo posible.

—Me iré de aquí...

—No! Necesitas justificarte, y si te fueras probarías la culpa... A una mujer no le basta con ser digna y honrada para sí misma, es preciso que lo sea para la sociedad. La sociedad te ha juzgado severamente, sin merecerlo tú, porque has prescindido de ella; ahora es preciso que conquistes de nuevo su aprecio.

—Pero tú...

—Yo, Eugenia, no te culpo...

—Pero qué piensas de mí?...

—Si pensara de tí, no sentiría por tí!... El corazón no ha sido juez ni puede serlo jamás... Nada más me preguntas... nada más te puedo decir!...

#### CAPÍTULO XX.

##### Diario de Eugenia.

«No sé ni pensar ni analizar lo que siento: Dios mío! Qué horrible despertar!... Luisa, mi Luisa adorada, morir por ese hombre, y yo no saberlo, no sospecharlo siquiera!... Qué pensaría ella de mí en sus últimos instantes!... Ah!... por eso la sociedad me demostraba indiferencia y desvío!... Hasta demostrándome desprecio hubieran sido justos... pero tú, Luisa mía, que ves mi alma, sabes bien que yo hubiera sacrificado mil veces mis sentimientos por evitarte una lágrima...»

«Lutgardo!... ¿Por qué ha sido este hombre tan infame, tan villano para mí!... Ah!... y por qué he tenido yo confianza en quien no tenía la menor cualidad para inspirarla!...

He levantado, como un niño, el castillo de naipes de mis ilusiones, y le he visto hundirse con mi aliento mismo!... Estoy tranquila; mi conciencia sólo me acusa de esa confianza necia y peligrosa... ¡Mi conciencia!... Pero ha de juzgar nadie de mí por lo que yo pienso, por lo que yo sepa de mis actos!... Ah, no!... por desgracia los sentimientos pasan desapercibidos, las apariencias se juzgan como hechos. Me he comprometido obrando a ciegas, y dejándome llevar no de mi razón, sino de mi corazón...»

¿He amado yo á Lutgardo? Nó, y mil veces nó. Me ha fascinado por un momento, y nada más. Es hermoso, parecía apasionado y vehemente, generoso y noble... era sencillamente ridículo... ¡Oh, Dios mío!... Es posible sentir ese deslumbramiento sin que la razón se alze severa á combatirlo... ¡La razón!... Yo la olvidaba... yo creía que la vida podía deslizarse sobre sueños! . . . . .

Quién será ese hombre que me ha seguido al Cementerio? Quien será el que ha cortado esta flor para mí? . . . . .

Ricardo, como siempre digno y caballero, ha venido á salvarme, pero cumplía así un deber para con su amiga de la infancia, ó daba una prueba de amor á la que fué su prometida?... Ah!... Qué locura!... No se alejó él mismo voluntariamente de mí?... Acaso me ha recordado en este espacio de tiempo?... No, Ricardo al salvarme ha cumplido como hombre de honor, no como amante... la prueba es que no he vuelto á verle! . . . . .

Esta soledad me ahoga; esta casa, llena de recuerdos tristes me asfixia, pero necesito continuar en ella, es mi expiación y mi justificación. Ricardo no viene... Por qué le recuerdo yo con este afán, con esta tristeza?... Si fuese tan bueno que olvidase lo sucedido... Imposible!... Él sabe que no lo merezco, pero el mundo me culpa... Los hombres como Ricardo son esclavos de la sociedad... pero no; le ofendo pensándolo; no puede él esclavizarse á mezquinas preocupaciones: él, lo más noble, lo más grande que existe... él el único hombre á quien yo he amado! . . . . .

Hoy he recibido por el correo interior un sobre que contiene una flor igual á la que guardo del Cementerio. ¿Quién me la envía? En una de sus hojas se lee *valor*: en otra *esperanza*: es una letra pequeña que no conozco. Ah, Dios mío!... Es que todavía hay esperanza para mí! . . . . .

¡Ricardo!... Era Ricardo mi defensor desconocido, la sombra del Cementerio, mi salvación!... ¡Bendito sea Dios!... Tu alma pura, Luisa mía, ha debido pedir á Dios mi felicidad! . . . . .

Voy á ser su esposa: voy á salir de esta horrible casa: ya no estaré sola... ya tendré un apoyo noble y digno en la vida. Me ama como siempre, y *para siempre*: ahora comprendo el valor de esta promesa, que es la cadena que afianza la dicha! . . . . .

Ya estoy unida á Ricardo por la bendición divina: le amo y le admiro, le respeto y le quiero: tengo fé en el porvenir... Voy á marchar con él á Cuba... La felicidad está en lo desconocido... Te confío, Luisa, estas pobres páginas... ya no veré más tu sepultura... sólo me llevo, para que me hable de tí, la FLOR DEL CEMENTERIO.

#### EPÍLOGO.

Hemos concluido, mi querido lector: de los seres felices no tienen para qué ocuparse los novelistas, y Eugenia ya lo es.

Te debíamos una copia de su *diario*, de aquellos papeles cuidadosamente enrollados que la vimos depositar en el sepulcro de Luisa, y te la hemos dado, extractando de ella lo que podía interesarte, por relacionarse con esta historia. Vamos á darte también un detalle que su *diario* no consigna: la fecha 25 de Marzo grabada en el sepulcro de su hermana, era la del día en que se había efectuado su matrimonio con Ricardo Valenzuela, y el lema *para siempre* el que había aceptado como símbolo de felicidad, pues cuando dos corazones se unen con un lazo sagrado, que les pone á cubierto de la inestabilidad de nuestras impresiones, pueden y deben acariciar la idea de lo infinito, de lo eterno, aún más allá de la vida material.

Eugenia y Ricardo, lejos, muy lejos de estas playas, olvidados de lo que aquí habían sufrido, y felices cuanto se puede ser en la tierra, supieron que la casualidad nos había traído al mismo lugar donde, la casualidad también, nos dió á conocer el secreto de una de tantas historias como pasan desconocidas para la generalidad de las gentes que, si acaso se detienen en los efectos, no investigan jamás las causas; supieron además que dando á conocer esos hechos, y cumpliendo sus deseos, habíamos escrito una pobre novela, que ellos han leído con vivo interés.

Como desenlace de ella nos participan que en un rincón florido de la hermosa Cuba, ocultan su hogar, doblemente embellecido por el genio y por la felicidad. Dos hermosos niños coronan y perfuman este oasis, donde, si alguna vez se desliza la sombra de un recuerdo, se oye la voz de Ricardo que lo desvanece, afirmando que no hay ser que no sufra alguna dolorosa prueba antes de llegar á la verdad de la dicha. Eugenia, guiada por un hombre de corazón y de talento, ha comprendido la vida bajo su verdadero aspecto, y si bien deja desbordarse el sentimiento á raudales de su alma privilegiada, le rodea del muro firmísimo

de la razón, bien así como un pueblo prudente se resguarda con una muralla del embate continuo de las olas.

También nos piden noticias, y hemos de dárselas aquí para complemento de su historia.

De Juana, que no quiso cruzar el mar, sólo podemos decir que vive tranquila con la pequeña pensión que de Eugenia recibe, y que llora cuando recuerda á su señorita.

Julia, muerto su viejo marido, ha ido á vivir á Madrid: dejémosla allí; en un charco tan grande poco importa una rana más.

Enrique ha hecho las paces con Ricardo, para consolarse de no poder hacerlas con su suegra.

En cuanto á Lutgardo, el flamante *pavo real*, arruinado, enfermo, abandonado por los que le explotaban con el nombre de amigos, cansado de representar farsas sociales, ha ido á pedir á Arderius un lugar entre las numerosas huestes que acaudilla. No perdemos las esperanzas de verle algún día hacer, bajo el cetro de cascabeles de nuestro gran bufo, el airoso papel de *Príncipe Lila*, que sin duda, pensando en él escribió su gracioso autor.

PATROCINIO DE BIEDMA.

FIN DE LA NOVELA.

### Correspondencia del CÁDIZ

D. N. Cilla y Arrauz. — Madrid.

—Queda tomada nota de su cambio de domicilio, y salvada la errata que aparecía en sus apellidos. Le agradezco mucho la poesía, así como su amable interés y galantes apreciaciones que no sé cómo pagar.

Mr. H. Wichmann. — Stettin. — (Alemania.)

—Tened la bondad de indicarme los nombres de esos señores que desean suscribirse al CÁDIZ y se les remitirá. Yo le agradezco sinceramente sus elogios y ofrecimientos.

Dr. Lopez de la Vega. — Madrid.

—Agradezco á Vd. infinito su poesía, y acepto con placer su colaboración. Imposible reunir la colección del primer año, por estar agotadas las ediciones.

D. A. Peña y Goñi. — Madrid.

—Doy á Vd. las más expresivas gracias por su amabilidad en aceptar mis ofrecimientos, y le aseguro que el CÁDIZ se honrará mucho con publicar sus notables artículos críticos. Reciba, al par que mi gratitud, las seguridades de mi amistad.

D. F. G. del Hoyo. — Almería.

—Remitido el recibo de un año de suscripción al CÁDIZ; miles de gracias por las preciosas fábulas y cariñosas cartas que tanto aprecio.

D. J. A. Linde. — Granada.

—Queda aceptado el cambio con su revista, y le doy gracias por el libro, del cual me ocuparé, y por su amable carta.

D. A. M. Ravé. — Sevilla.

—Recibidas sin retraso las preciosas plantas, que agradezco mucho.

D. M. Jorrito y Paniagua. — Madrid.

—Remitido el CÁDIZ á la señora á quien dedicaba sus *Granos de arena*, ha sido devuelto diciéndole en la faja: *No se conoce en Barcelona*: si ha cambiado de domicilio, sírvase indicarlo y se le enviará de nuevo.

Sr. Bibliotecario del Casino de instrucción y recreo. — Las Palmas. — (Gran Canarias.)

—Queda hecho el cambio que me indica en la dirección del CÁDIZ, agradeciendo infinito, tanto á Vd. como al nuevo suscriptor su amabilidad.

D. J. de Echegaray. — Madrid.

—Queda compensada su tardanza en escribirme, con las promesas de su carta y su arable ofrecimiento; obtiene pues, no sólo mi *perdon*, sino mi reconocimiento más sincero.

D. A. R. Caparrós. — Barcelona.

—Queda Vd. suscrito por tres meses y puede enviar en sellos ó libranza su importe. Mil gracias por sus frases de amistad y afecto.

D. A. Cassard. — New-York.

—Recibidas sus poesías que le agradezco mucho: sírvase remitirme siempre sus escritos inéditos para que el CÁDIZ pueda publicarlos.

### NOTICIAS.

Hemos recibido y damos las gracias por ello, un ejemplar impreso del acta de la sesión con que la Real Academia gaditana de Ciencias y Letras inauguró sus tareas del año económico corriente el 25 de Noviembre último, con la memoria reglamentaria que se leyó, el extracto de fondos de la Academia, una relación nominal expresiva de los cargos de la misma y las bellas poesías de los Sres. Alvarez Espino, Moreno Espinosa, y Moreno Castelló, de las cuales ya nos ocupamos.

De nuestro apreciable colega *El Profesorado*, de Granada, tomamos las siguientes líneas, uniéndole nuestros plácemes á los suyos, por la merecida honra que alcanza nuestro querido amigo é ilustrado redactor el Sr. Alvarez Espino.

«Nuestro distinguido amigo y colaborador el Sr. D. Romualdo Alvarez Espino, ilustrado Catedrático del Instituto y Secretario general de la Real Academia de Bellas Letras de Cádiz, ha sido nombrado *socio de mérito* del Liceo artístico literario de esta capital, por el contraído con sus artículos científicos, filosóficos y morales en la redacción de la *Revista* que publica este centro de enseñanza, del que hace ya algunos años obtuvo el título de *Honor*.

Al propio tiempo, dicha sociedad ha remitido al Sr. Alvarez Espino una preciosa *pluma de oro*, que le ofrece en testimonio de aprecio por la erudita obra que, con el título de *Ensayo histórico-crítico del Teatro Español*, le ha dedicado con una finura y expresión poco comunes.

Damos la enhorabuena al digno Catedrático de la escuela gaditana, por los títulos que ha merecido, y que puede ostentar con legítimo orgullo, pues sólo son debidos á su reconocido talento y á su laboriosidad.»

S. A. R. la Srma. Sra. Princesa de Asturias ha tenido la bondad de enviar, por conducto de su Secretario particular, un afectuoso telegrama á nuestra Directora, dándole las gracias por la felicitación que en su cumpleaños le envió el CÁDIZ.

Nuestro distinguido redactor y querido amigo Dr. Don Cayetano del Toro y Quatiliers, ha tenido la bondad de remitirnos varios ejemplares de su notable opusculo *¿Cuál es el papel del ojo en la visión?* dedicados á sus compañeros de redacción, y á la Directora. Le damos infinitas gracias por esta galantería, y creemos que los redactores del CÁDIZ tengan un placer en conservar el recuerdo de un compañero que vale tanto por su talento como por su amable trato y leal amistad.

Agones á la ciencia médica, temeríamos ser inexactos ó inoportunos al formular nuestra opinión, y así hemos pedido á un ilustrado colaborador del CÁDIZ, notable médico-cirujano de Madrid, Dr. Lopez de la Vega, que nos haga el favor de escribirnos un ligero juicio acerca de este importante trabajo, por el cual felicitamos al autor que tan brillante nombre ha sabido conquistarse con su laboriosidad é inteligencia, siendo hoy una de las más legítimas esperanzas de cuantos siguen con interés el desenvolvimiento de las ciencias en España.

Tenemos que participar á nuestros lectores una grata noticia. El insigne autor de *O locura ó santidad*, nuestro ilustre colaborador y querido amigo D. José de Echegaray, ha tenido la bondad de ofrecernos para el CÁDIZ el *primativo* tercer acto de su drama *Lo que no puede decirse*, que fué retirado y sustituido por el que tiene, apenas se estrenó esta aplaudida obra. Como sólo se publicará en el CÁDIZ y son muchos los que tienen empeño en conocer este trabajo, creemos que ha de inspirar un vivo interés su lectura. Por nuestra parte agradecemos infinito la distinción que se nos hace.

El CÁDIZ envía á los Sres. Duques de la Torre su más sentido pésame, por la muerte de su madre la Sra. Condesa de San Antonio, y desea á la Sra. Duquesa un completo alivio en la indisposición que su inmensa pena la ha producido.

Por un error del biógrafo se dice en la del Excmo. Señor general de Bustillo, que murió en Sanlúcar, siendo así que su muerte tuvo lugar en el Puerto de Santa María. Hacemos esta aclaración en obsequio á la exactitud de los hechos.

La Academia de Bellas Artes ha celebrado el Domingo 23 junta pública para dar cuenta de sus trabajos, y distribuir los premios á los alumnos que los obtuvieron en los cursos anteriores.

Le agradecemos infinito su invitación.

En los números anteriores se han deslizado algunas erratas que, aunque suponemos salvadas por nuestros lectores, creemos deber rectificar, porque alteran el sentido del pensamiento del autor.

En la *Crónica* del Sr. Borrego se escribió *aristocracia por mesocracia*, y *habría por había*; en el artículo *El valor*, del Sr. Gonzalez del Hoyo, se ha dicho *importante* por *imperfecto*: suplicamos se nos dispense la falta.

Nuestro apreciable amigo el Sr. D. José Rodríguez y Rodríguez, dueño del establecimiento tipográfico *La Mercantil*, donde el CÁDIZ se hace, ha tenido la desgracia de perder á su joven y simpática esposa, D.<sup>a</sup> Regla Muñoz, que falleció el 25 del corriente, víctima de una rápida enfermedad, dejando en el mayor desconsuelo á su cariñosa familia, y huérfanos á cuatro pequeños é interesantes niños. Enviamos á su viudo nuestro más sentido pésame, y le deseamos la conformidad cristiana que necesita para resistir tan irreparable pérdida, rogando á nuestros lectores se sirvan encomendar á Dios á la finada.

El CÁDIZ desea á sus lectores mil felicidades en el año de 1878.

Solucion al problema de ajedrez núm. 6.\*

BLANCAS.			NEGRAS.		
1. <sup>a</sup>	A 2	— A 3	1. <sup>a</sup>	C 7	— D 6
2. <sup>a</sup>	B 3	— B 4	2. <sup>a</sup>	H 7	— G 5
3. <sup>a</sup>	F 3	— F 4	3. <sup>a</sup>	G 5	— E 6
4. <sup>a</sup>	G 7	— F 5	4. <sup>a</sup>	H 8	— H 2 (t. j.)
5. <sup>a</sup>	D 2	— D 3	5. <sup>a</sup>	H 2	— H 7
6. <sup>a</sup>	B 7	— A 5	6. <sup>a</sup>	H 7	— H 5
7. <sup>a</sup>	C 2	— B 3 (m.)			

F. A.

Solucion al geroglífico inserto en el número anterior.

Presentados por la Sra. D.<sup>a</sup> Georgina McRas de Roquette, de Cádiz, y D. José Cabrera y Arias, de Rus (este señor ha remitido las de todos los problemas):

*Deja Colon á España y planta la bandera de Cristo sobre nuevos mundos á pesar de los sabios de Salamanca.*

CÁDIZ: 1877.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ  
SACRAMENTO 39 y Balas 8.